

número 14 es mejor que la 13, porque empiezas a hacer monos y monos y monos, y te sale luego uno que...

*–En cualquier caso, se nota –en tu forma de hablar también– tu especial fruición por la arquitectura.*

–Sí, yo lo que sí tengo es un entusiasmo por la arquitectura tremendo; no sé por qué, porque de niño no tuve ninguna relación familiar, ni de ninguna clase, con la arquitectura.

*–Desde luego, no se puede decir que no se haya probado tu vocación ¿cómo surgió esa vocación tan decidida?*

–A los trece años dije que yo tenía que ser arquitecto, aunque no había visto a un arquitecto. El único arquitecto que conocía era un señor que era el Jefe de Bomberos de Madrid; y ese señor, cuando se enteró de que yo iba a estudiar arquitectura, le dijo a mi padre que no hiciera esa carrera tan difícil, y mi padre, efectivamente, intentó convencerme de que lo bueno era hacerme farmacéutico y seguir con la farmacia muy acreditada que tenía, pero a mí no me interesaba.

*–Aunque también te gustaba la biología, tengo entendido.*

– Sí, sí, yo era un aficionado grandísimo –y sigo siéndolo– a la zoología y a la biología en general; no es que me repugnara en nada lo de la farmacia pero tuve esta vocación tremenda de arquitecto. Y he estado siempre dándole vueltas al tema de la arquitectura, ver cosas y pensar sobre ellas. Sí, creo que he probado mi vocación de arquitecto.

*–Miguel, no sabría terminar esta conversación sin referirme a la reciente demolición del célebre edificio de laboratorios que hiciste en la carretera de Aragón, la «Pagoda», esa forma «moderna» y tan popular en Madrid; demolición que ha tenido una enorme resonancia.*

–Sí, desde luego, ha tenido mucha más resonancia de lo que podríamos creer; hasta he recibido una cinta magnetofónica, bastante larga, de un programa que emitieron en la parte cultural de Radio París.

Todo empezó porque en el Ayuntamiento dijeron que sí, que se podía demoler el edificio, porque, si no, los metros cúbicos que se querían edificar... ; y ahí debe de ser en lo que se han basado –que tenían muchas ganas

de basarse— para tirarlo. Ahora bien, no se figuraron que fuera a ser una cosa tan llamativa y de tanta repercusión.

¡Hombre! no creo que fuera un edificio como para tirarlo, las cosas como son, pero aparte de eso, en fin, ¡una vanidad menos!

*Antes de despedirme, Fisac quiere enseñarme los cuadros que últimamente está haciendo, en los que mezcla con fuerte textura la pintura con la tierra; me explica dónde busca esa tierra, su color, cómo a veces se detiene en el camino y coge y guarda un terruño. Ya en el zaguán, con el frío de la noche en la cara, cuando nos hemos despedido, me detiene por el brazo y pregunta: «¿A que no sabes que planta es ésta?», señalando las sombras oscuras que, trepando peldaños, penetran en el zaguán; impaciente a mi respuesta, se adelanta con énfasis: «¡... ah, el acanto! Crece tan bien, es tan hermoso. Se comprende que los griegos...».*